

Con San Pablo, en su carta a los Filipenses, “**Pido en mi oración que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento**”.

Bibliografía

ROMERO, Eduard: *Valores para vivir*. Ed. CCS, 4ª ed., 2001.

MARTÍNEZ, Francisco: *He creído en el amor*. Herder, 2000.

ROCCHETTA, Carlo: *Teología de la ternura*. Koinonia 36, 2000.

Revista Aragonesa de Teología. Año VI – n.º 12, 2000.

Desde nuestra experiencia de voluntarios

Rev. Aragon. Teol. 18 (2003)

Equipo de Cáritas de San Andrés Apóstol

Somos un grupo más entre los miles de voluntarios que de una manera u otra estamos al servicio de los “excluidos” de nuestra sociedad. Realizamos este servicio en la Parroquia de “San Andrés Apóstol” de Zaragoza.

Y decimos “*excluidos*” porque en nuestro mundo cada vez más globalizado ya no podemos hablar de los “pobres”, sino de todos aquellos que se van quedando en la cuneta porque no pueden, por muchos motivos, participar en los beneficios que genera la sociedad al carecer de lo más elemental y primario: un salario, una vivienda, un empleo...

La dinámica con que hemos impregnado nuestra sociedad genera pobres, destruye casi todos los referentes humanos que permiten ejercer como persona de manera gratificante para uno mismo y para los demás, ya que valora el disfrutar de cosas dejando en el “vacío” a quien carece de ellas.

En nuestro contacto con los “excluidos”, descubrimos que todas esas carencias afectan, directa y gravemente, a su dignidad personal, a su propio mundo interior. Que la exclusión es algo tan íntimo, profundo y fuerte que constituye una condición, un modo de ser.

Tratamos de atender las situaciones más urgentes que esto genera, pero sentimos que esta preocupación no puede quedarse sólo en eso, porque tras las necesidades hay **personas**. Responder a las carencias que la persona nos plantea, sin más, sería un grave error, pues tras ellas late un grito que brota de lo profundo de su ser. Por eso, tratamos de escuchar y sintonizar con esos gritos profundos, la mayoría de las veces no expresados verbalmente; tenemos en cuenta lo que la persona siente y vive dentro de sí.

Las necesidades que nos presentan son solamente la punta del iceberg; se trata, por lo tanto, de no confundir el grito con la necesidad. Y esto, naturalmente, es un proceso a muy largo plazo para ellos y para nosotros. Un proceso lleno de interrogantes.

Punto de partida: Una pregunta necesaria

La primera pregunta que aparece no es tanto ¿qué puedo hacer por ellos? Pregunta que fue vital hace unos años y a la que se respondía y nos respondíamos de dos maneras:

- En un primer momento: haciendo cosas por ellos y,
- posteriormente, intentando hacer camino con ellos.

Hoy constatamos que no se trata de ayudarlos simplemente; en este caso, las relaciones personales que se establecen nos resultan gratificantes a nosotros y no a ellos.

Nuestra experiencia es que los *nuevos pobres* no nos piden que hagamos algo por ellos, y menos que hagamos cosas juntos. Es más, **ya no piden**, sino que **reclaman**, exigen, protestan, no se fían, se presentan, con frecuencia, con una actitud que percibimos como desafiante y, a veces incluso, agresiva. Y esto que puede parecer negativo, a nosotros nos habla de gritos profundos, de necesidad de reconocimiento, de experiencia de vacío, de una terrible soledad en medio de una sociedad que les promete la felicidad y no se la da.

La pregunta sería entonces ¿escucho los gritos de los pobres a través de sus necesidades? ¿Qué tipo de relaciones establecemos? De la respuesta que demos a ambas preguntas se iniciará un proceso nuevo que generará, o no, un tipo de relaciones mucho más significativas.

Algunos rasgos de nuestro quehacer

1) Creer en la persona sin condiciones

La mayor dificultad en la relación con los excluidos, para nosotros, estriba en las diferencias que establecemos entre nuestro comportamiento y el suyo. De forma instintiva tendemos a asimilar como *bueno* aquello que concuerda con nuestro modo de ver el mundo y actuar, con lo que nosotros pensamos que se debe hacer.

Caemos fácilmente en el error de valorar a los pobres por sus comportamientos y ello ¡cuánto rechazo y distancia crea! Supone que yo me sitúo en el grupo de la gente que *sabe*, mientras que los marginados pertenecen al grupo de la gente que *no sabe*, porque su forma de actuar no es “lógica”, o justa, desde nuestra referencia de lo “correcto”.

Eso no significa que nuestra actitud sea la de querer tapar comportamientos negativos, que los hay, a base de una mayor dosis de generosidad y de donación personal. Caeríamos en un paternalismo contraproducente.

¿Entonces qué? Se trata de CREER. Sí, creer en el otro porque creer en las personas es creer en Dios. Jesucristo se ha encarnado en el corazón de todo hombre/mujer. Y si no... ¿qué significa Encarnación? ¿No se trata de la vida de Dios en el corazón de las personas; no es la humanidad entera inmersa en Dios; no es de eso de lo que nos habla el Nuevo Testamento; no nos dice que Dios toma partido a favor de los pobres y desvalidos?

La persona, por mucha historia negativa y de marginación que lleve encima, tiene y mantiene íntegro lo más profundo de sí misma: su yo personal único e irrepetible y Dios está en ella desde siempre, mucho antes de que entremos en relación con ella.

Muchas veces hemos podido comprobar que cuando los marginados prueban y confirman que quienes estamos a su lado no los rechazamos, no les “perdonamos la vida”, sino que los valoramos y creemos en ellos, que su opinión vale, que se confía en su palabra, que su solución se tiene en cuenta y apoya, se produce una transformación, renace la luz interior, resurge la esperanza. Esto se manifiesta de muy diferentes maneras: una sonrisa, un apretón de manos, unas lágrimas, e incluso, hay quien se atreve a formular unas palabras de agradecimiento.

2) Estableciendo relaciones de comunión

Otra dificultad que nos parece importante destacar es el tipo de relaciones que establecemos y de las que no estamos exentos nadie, porque quizá así hemos sido educados: son las de **dominio/sumisión**. Nos colocamos frente a ellos demostrando nuestra superioridad y pedimos sumisión. Somos nosotros los que tenemos el saber, el dinero, las soluciones y por lo tanto las marcamos. Ellos son meros ejecutores. Por eso, nos rebelamos cuando aquello que habíamos dicho que *tenían* que hacer, no se ha hecho.

¡NO! El auténtico protagonismo de su vida y de su historia lo tienen ellos mismos. Cuando el excluido se ve afectado por sentimientos de dependencia y/o sumisión es mucho más difícil emprender un camino de autonomía y libertad.

El horizonte al que tendemos es un mundo de hermanos, pero de hermanos adultos, protagonistas de sus vidas, libres pero en comunidad fraterna (entre iguales).

¿Cómo hacerlo? Pues es fácil y difícil. Se trata de experimentar que las soluciones no vienen de fuera, que están dentro de cada uno, dentro de nosotros mismos. Por lo tanto, hay que cambiar el “chip”. Trabajar desde las posibilidades y no desde las carencias; porque en toda persona las potencialidades son muchas, aunque no se haya tenido la oportunidad de manejarlas o descubrirlas por la propia historia personal y familiar.

3) Sin exigir agradecimiento

Cuántas veces hemos dicho, o hemos oído, ¡no hay quien les entienda! Nos desvivimos, nos esforzamos y ¿qué conseguimos?... ¡Menos mal que todo lo hago por Dios!, esa es nuestra respuesta, nuestra actitud.

¿De qué nos quejamos con estas palabras? En general nuestras relaciones sociales están teñidas por el interés y el beneficio inmediato; *yo te doy y tú me debes...* por lo menos reconocimiento y gratitud.

Nuestra experiencia va por otros derroteros. ¿Qué pensaríamos de alguien que dice *nos quiere* pero en realidad al que quiere es a Dios y por Él nos quiere? Si eso es percibido por la persona excluida, probablemente rechazará nuestra amistad y, si no lo hace, será, seguramente, por el “beneficio” que le podamos proporcionar.

¿No es esto una relación interesada? Y, si es interesada, ¿puede ser evangélica? Creemos que la labor del voluntario tiene que ir por otros caminos. Se trata de ser amor. Lo mismo que Dios, en quien creemos, es amor, también nosotros debemos serlo. Es una actitud de acogida, respeto, valoración, fe en el otro y en sus posibilidades. No se trata de forzar nada. Se trata solamente de amar como nos sentimos amados por Dios.

4) Desde un trabajo en equipo

La clave para nuestra acción es vivirla en equipo. No solamente porque juntos se proyecta, se valora, se marcan objetivos, sino porque se establecen unas relaciones más profundas, que son el punto de apoyo para las que intentamos generar con los excluidos.

El grupo es fuente de energía para poder superar la **soledad del voluntario**. Aunque pueda chocar, es así. Los voluntarios de Cáritas nos sentimos solos en nuestra comunidad parroquial. Quizá, la comunidad no se implica porque nos